
ALFONSO REYES

Himno a Gabriela

APLAUDO a quienes concibieron este homenaje a Gabriela Mistral y me asocio a él desde mi retiro. Gabriela es un índice sumo del pensamiento y del sentimiento americanos.

En ella se da la ira profética contra los errores amontonados por la historia; se dan la fe, la esperanza y la caridad; la promesa de una tierra mejor para el logro de la raza humana; la mano traza en el aire los pases mágicos, a cuyo prestigio relampaguea ya la visión de un mundo más justo.

Montañosa y profunda como los barrancos y las arrugas graníticas de los Andes; severa y solitaria en sus alturas de nieve, mansa y juguetona en los deshielos que bañan con su caricia las risueñas laderas; y, por encima de las miserias naturales, depositaria y emisaria de la salud y el aliento —Ceres transmutada al orden del espíritu—, yo le ofrecería el sacrificio de la “pankarpia”, amasada con todas las pulpas frutales, que el griego silvestre brindaba, en las primeras cosechas y vendimias, a sus divinidades agrarias y benéficas.

Ya he dicho en todos los tonos y en varias ocasiones lo mucho que admiro las letras de Gabriela Mistral; su verso que, sin dejar nunca las excelencias técnicas y aun las agilidades ingeniosas, descubre una nueva dimensión en las honduras de la conciencia; su prosa, brotada de fuentes nativas, que parece continuar a la naturaleza, y que por ese y otros motivos, a un tiempo artística y sencilla, hace pensar en Santa Teresa. Hasta el coloquio sale aquí consagrado;

y como surge de una íntima necesidad, el modismo americano entra por su propio derecho en el torrente de la lengua, y la enriquece al modo que la enriquecieron los clásicos.

La serenidad de Gabriela está hecha de terremotos interiores, y de aquí que sea más madura. Su bondad rebasa los límites de la filantropía personal —presa que se desborda—, y se vuelve cosa telúrica. Ya no es Gabriela quien nos aquieta, nos consuela o bendice; es un vasto soplo tonificante que anda entre los suelos y los cielos de América, cargados de esencias boscosas, rumores de pájaro y abejas, de talleres y campanarios.

Un día me explicó este misterio: —Eso de haberse rozado en la infancia con las rocas —me dijo—, es algo muy trascendental. Y en verdad lo es para remontarse hasta las cumbres del alma sin soltar el lastre de las realidades más inmediatas; para, como los robustos eucaliptos, sorber entre la savia del tronco las piedras y los terrenos del campo. ¿Qué sufrimiento, qué alegría la encontraron nunca indiferente? ¿Qué latido de nuestra América no ha pasado por su corazón? Su inmensa poesía está tejida con todos los estambres que hilan el trabajo y la virtud de los hombres. Así creían los antiguos que Heracles había construido el ara de Dídima, con la sangre, los huesos, la sustancia misma de las víctimas ofrecidas.

Yo no suelo hablar con tanto arrebató. Yo reservo mis entusiasmos para quienes creo que lo merecen.